

De la pintura

Antología de ensayos sobre arte y pintura

JUAN
GARCÍA PONCE

De la pintura

Antología de ensayos sobre arte y pintura

Selección y prólogo
de
FRANCISCO CASTRO LEÑERO



*F*ICTICIA
EDITORIAL

MÉXICO, 2013

Contenido

Prólogo	11
---------------	----

De la pintura

De la pintura	21
---------------------	----

El arte y lo sagrado	29
----------------------------	----

Arte y psicoanálisis.....	65
---------------------------	----

El arte y el público	93
----------------------------	----

¿Punto muerto en las artes plásticas?.....	121
--	-----

Nueve pintores mexicanos	137
--------------------------------	-----

Varia	145
-------------	-----

Nota bibliográfica	157
--------------------------	-----

El arte crea apariciones
y provoca resurrecciones.
En el primer caso,
se dirige al futuro;
en el segundo, al pasado.
Pero siempre se trata
de unir los dos extremos del tiempo,
lo que todavía no es y lo que ya fue,
para que su doble ausencia de realidad
tenga otra realidad,
la única a nuestro alcance:
la del presente.
Pero en el arte esto
ocurre fuera de tiempo.

Prólogo



EN EL PRIMER ENSAYO de este libro, “De la pintura”, Juan García Ponce (Mérida, Yucatán, 1932-México, D.F., 2003) amplía una reflexión iniciada por Georges Bataille a propósito de las pinturas rupestres encontradas en las Cuevas de Lascaux, en Dordoña, Francia, en 1940. Ambos autores sostienen la coincidencia del nacimiento del arte con la plena evolución de lo que hasta hoy constituye nuestra especie. Por cierto, el acceso a Lascaux fue clausurado en 1962, permaneciendo desde entonces fuera del alcance de nuestra presencia.

El director de cine alemán Werner Herzog filmó en 2010, utilizando la tecnología 3D, un documental extraordinario sobre otro hallazgo milenario. Se trata de las pinturas de las cuevas de Chauvet-Pont-d’Arc, también en Francia, descubiertas apenas en 1994 y que registran una antigüedad superior por 15 mil años a las de Lascaux.

Las imágenes deslumbrantes que Herzog nos comparte de este espacio, detenido en el tiempo y resguardado desde sus inicios del aliento humano, no hacen sino reafirmar los argumentos planteados por Juan Gar-

cía Ponce en el ensayo aludido; cuando el arte hace su aparición, lo hace de manera perfecta. Los nuevos descubrimientos separados de Lascaux por tantos siglos no contradicen las certezas de quien supo ver y leer en su momento el enorme significado de aquellos nuestros primeros trazos.

Más de cincuenta años han pasado de los primeros ensayos escritos y dedicados al arte por Juan. Desde entonces muchas son las cosas que han cambiado, sobre todo en el terreno de la cultura visual. Algunas, sin embargo, han permanecido. La pintura, a pesar de los múltiples desafíos que ha enfrentado, ha sido una de ellas.

Ya no sorprende ver el entusiasmo con el que jóvenes artistas de hoy eligen el camino de la pintura para expresar lo que Juan enunciaba como “su manera de estar en el mundo”; no hay corrientes, no hay estilos, sigue habiendo pintura.

En este sentido no podría ser más pertinente presentar esta antología de textos de García Ponce dedicados al Arte, la Pintura y sus implicaciones, coincidiendo además, a manera de homenaje, con los diez años de su fallecimiento.

Estos ensayos, escritos principalmente entre los años sesenta y ochenta del siglo pasado, nos ponen en contacto con el pensamiento de un escritor apasionado por un medio que le atraía singularmente, y para el que no escatimó las exigencias de tal propósito. Sus reflexiones constituyen un diálogo de altura con las ideas de su momento.

Maurice Blanchot, Herbert Marcuse, Marleau Ponty y Harold Rosenberg son apenas algunos de los críticos y pensadores con quienes Juan García Ponce dialoga para transmitir con la mayor claridad sus hipótesis.

Y es que Juan, más allá de su vocación por la escritura, fue no sólo un espectador sensible hacia el arte y hacia la pintura en particular, sino también, como lo demuestran estos ensayos, un hombre interesado en el acontecer filosófico e intelectual de su tiempo, dueño de una enorme cultura y una generosa disposición por compartirla. García Ponce iluminó y mostró con sus ensayos los alcances que una práctica, como la pintura, puede llegar a tener tanto para los artistas como para los espectadores.

Personalmente estoy seguro que mi formación hubiera quedado incompleta sin el diálogo que, sobre este oficio, emprendió Juan. Los muchos años de amistad maduraron en una comprensión enriquecedora de la pintura y del arte en general. Su capacidad de admirar y entender fue un enorme apoyo en la propia valoración de mis resultados.

Sabemos que el nombre de Juan García Ponce, en relación con el arte en México, está sobre todo asociado a la llamada “generación de ruptura”. Una generación de artistas que hicieron su aparición entre los años cincuenta y sesenta, comprometidos en su tiempo con airear los espacios viciados de aquellos años por los resabios de un nacionalismo en decadencia, pero que seguía resistiéndose a reconocer otras posibilidades de expresión.

Nombres como Manuel Felguérez, Vicente Rojo, Roger Von Gunten, Lilia Carrillo, José Luis Cuevas, su hermano el pintor Fernando García Ponce, entre otros, formaron parte de este conjunto de artistas que, a su manera, plantaron cara al “no hay más ruta que la nuestra”, apoyados en todo momento por Juan García Ponce, en quien tuvieron un apologista inteligente y arriesgado.

No es, sin embargo, el interés de esta antología la de registrar los ensayos sobre artistas que, en particular, escribió Juan, y que constituyen la mayoría del cuerpo de obra dedicado a la pintura. Al contrario, lo que se ha querido aquí es rescatar la médula del pensamiento estético garcíaponciano. Por ello hemos preferido correr el riesgo de evitar alusiones personales en lo más posible. Parece injusto que siendo Juan García Ponce un escritor entregado a difundir la obra de los artistas que apreciaba, no lo sea en el entendido que esos textos permanecen en la trayectoria de los artistas quienes tuvieron el privilegio de ser comentados por él. Sus ideas y posiciones frente al arte y, en especial, la pintura, ameritan ser difundidas no sólo por su valor histórico o literario, sino porque siguen apelando a la necesidad de comprensión de todos aquellos interesados en el fenómeno artístico.

Podríamos decir entonces que, como apuesta de este libro, los ensayos aquí reunidos pretenden acentuar la parte más teórica de su pensamiento. La intención es mostrar a un escritor, Juan García Ponce, que desarrolla en nuestro medio una estética como nadie más lo ha hecho hasta ahora.

Desde luego hay textos conocidos que han estado en diferentes recopilaciones; la diferencia es que nunca se habían reunido exclusivamente en torno a una sola temática. En este sentido, los escritos corresponden a dos situaciones: por una parte, tenemos los que podríamos denominar ensayos de largo alcance, que se presentan completos y que, en su título, muestran la finalidad que persiguen: “El arte y lo sagrado”, “Arte y público”, “Arte y psicoanálisis”, etcétera; después están los textos incompletos, páginas o párrafos que aluden a reflexiones puras sobre el arte o la pintura, entresacados de ensayos dedicados a algunos artistas específicos; completan la selección una serie de aforismos dedicados al arte y publicados en una edición numerada en un trabajo compartido con serigrafías del artista Manuel Felguérez.

En todo momento se ha cuidado que el traslado de los textos sea fiel a los originales.

Marcial Fernández, a sugerencia de Javier García-Galiano, Armando Hatzacorsian y Franco Aceves Humana, fue la voz que me impulsó para aventurarme en este proyecto; a ellos les agradezco su confianza en creer que sería capaz de una tarea como la que nos ocupa. En el proceso estuvieron presentes Meche Felguérez y sus hijos Mercedes y Juan García de Oteyza; su ayuda e indicaciones fueron indispensables en la incorporación de material para esta publicación. También agradezco a mi asistente Adriana Torres Jiménez, quien con paciencia y rigor, se encargó de la transcripción de los textos.

A los posibles lectores les animo a que se adentren en estos ensayos, escritos en un pasado que sigue hablando con sentido para nuestro tiempo. Juan García Ponce tocó con profundidad las perennes preocupaciones de la creación artística. Es por ello que trasciende, gracias a la autenticidad de unas reflexiones que en todo momento intentan comunicarnos la esencia de una práctica y de un pensamiento.

Juan García Ponce siempre nos invitó a dejarnos llevar por las obras, a no imponernos y permitir que sean ellas las que se nos impongan. Siguiendo esa actitud, quizá podríamos probar el ejercicio de dejarnos llevar por estos ensayos, quizá descubramos que su valor no es sólo literario y que, más allá del hechizo de una prosa entregada a iluminar misterios, hay también respuestas para nuestras propias inquietudes.

FRANCISCO CASTRO LEÑERO
México, D. F., junio de 2013

Mientras preparamos esta edición nos enteramos del fallecimiento de Juan García de Oteyza, hijo de Juan García Ponce, pero sobre todo amigo y, además, con quien consultábamos para llevar a cabo este trabajo. No podemos pasar por alto tan sensible pérdida. Nos unimos al dolor de Meche, su madre, y Mercedes, su hermana, y con tristeza nos vemos en el compromiso de evocar ahora no sólo a Juan García Ponce a diez años de su fallecimiento, sino también a Juan García de Oteyza, cuya ausencia temprana siempre lamentaremos.

La pintura
no tiene profundidad,
es una pura superficie.

Pero el que viaja
por esa superficie
puede tocar el fondo.

De la pintura



TODO ES IMAGEN. En su ensayo sobre las Cuevas de Lascaux, descubiertas recientemente por un mero azar después de que las deslumbrantes decoraciones de sus muros permanecieron en la oscuridad y la ignorancia durante milenios, George Bataille hace coincidir con razón, a través de una minuciosa e imaginativa investigación arqueológica y antropológica y un luminoso estudio sobre lo que las pinturas mismas inscritas desde la noche de la historia en los muros de Lascaux nos dicen, el nacimiento del arte con el nacimiento del hombre. Desde sus orígenes en tanto especie, el hombre ha sido capaz de mirar a su alrededor y reproducir e interpretar el mundo que lo rodea, antes aún de ser capaz de mirarse a sí mismo. En Lascaux, nos recuerda Bataille, la representación de los animales es perfecta en su riqueza y su exactitud. El arte, la pintura, como forma de la representación alcanzó su cima en el momento mismo en que se iniciaba. El hombre, capaz de crearlo y que se afirmaba como hombre al hacerlo, señalaba su separación de los animales a través de esa creación, no

se veía a sí mismo con la misma exactitud y la misma exuberante fuerza de la vida que se encuentra en las pinturas de animales. Su propio retrato en las Cuevas de Lascaux es simplista y pobre. En cambio, aparece en él, la presencia de la muerte, como si de alguna manera su propio retrato quisiera hacer manifiesta al mismo tiempo una dolorosa y terrible separación: porque puede contemplar las apariencias del mundo, el hombre se sabe también separado de ese mundo que lo fascina, y conoce la existencia de la muerte, no está, como diría Bataille, naturalmente dentro de él, “como el agua en el agua”, sino aparte, deslumbrado y al mismo tiempo desconcertado por su separación.

Las Cuevas de Lascaux, en las que puede suponerse con justicia que nace el arte y el hombre se afirma como tal a través de su capacidad para representar el mundo desde afuera de él, son simultáneamente una celebración y una invocación. Celebración de la vida e intento de conjurar la amenaza de la muerte por medio de esa celebración. Siglos y siglos más tarde, en los albores del Renacimiento, Alberto Durero no vacilaría en afirmar que “el retrato es la única defensa del hombre contra la muerte”. Todo es imagen y porque todo es imagen, la imagen puede estar colocada ante las dos caras de la realidad: dentro del tiempo como presencia viva y fuera del tiempo como vida de la presencia. La pintura ha acompañado, entonces, al hombre desde siempre. Fuera de ella, su centro se encuentra en la mirada de quien la contempla y la cercanía desde esa contempla-

ción es absoluta porque no hay ninguna distancia entre la mirada y el objeto de la mirada, éste se le entrega en el instante mismo en que la mirada se dirige hacia él, aunque el espacio físico que los separa pueda ser tan inconmensurable como el que existe entre nosotros y una estrella que miramos y que incluso puede estar muerta, apagada, desde hace millones de años, pero permanece viva para la mirada. Acercarse a la pintura puede ser, de este modo, una manera de afirmarnos como hombres al tiempo que afirmamos la realidad del mundo y para ello no hay más que ejercer la facultad de mirar, una facultad de la que el sentido de la vista nos hace dueños aún sin que nuestra voluntad intervenga: apenas abre los ojos todo hombre empieza a ver.

Sin embargo, este “abrir los ojos” puede también interpretarse metafóricamente en el sentido de que, lejos ya de su descubrimiento de la realidad del mundo que lo rodea y en muchas ocasiones apartado de él por el movimiento de la historia hasta el punto de estar, en nuestro tiempo, muy cerca de convertirse en un extraño en el mundo cuando más cree haberlo dominado por medio de la técnica, “abrir los ojos” puede considerarse como una exigencia impuesta al pensamiento y la sensibilidad para recuperar el mundo a través del arte. Legítimamente, entonces, la pintura puede considerarse como ese despliegue de imágenes colocado fuera del tiempo en el que se halla encerrada una suerte de historia de la humanidad que nos entrega la verdad de lo humano. Desde los bisontes en las Cuevas de Lascaux hasta los

toros en los cuadros de Picasso. Resulta significativo que haya una profunda y contradictoria cercanía entre esas primeras imágenes creadas por el hombre y las más recientes: los bisontes de Lascaux y los toros de Picasso se *parecen*, como si dando un salto de milenios y milenios de años al final estuviéramos de nuevo en los orígenes. Y sin embargo, en medio, entre esos dos puntos tan semejantes, está todo el desarrollo de la historia. Pero ése es ya otro problema. No tenemos que averiguar en ésta ocasión cómo podemos acercarnos a la historia sino cómo podemos acercarnos a la pintura. Después de las palabras anteriores, la respuesta parece sencilla: en la pintura no se trata de entender ni de juzgar; basta con abrir los ojos y ver. Lo que encontramos entonces es una apariencia, semejante en todo a cualquier otra forma que llega hasta nosotros a través del sentido de la vista; pero con una diferencia que es sumamente significativo tener que subrayar: ante cualquier pintura no nos encontramos frente a la apariencia, sino frente a una voluntaria *representación* de una apariencia que nos habla de la urgencia del hombre de apropiarse de las apariencias convirtiéndolas en obra.

Ver en estos términos la pintura equivale también a penetrarla, a hacerla nuestra; pero para ello el único requisito indispensable es nuestra voluntad de entrega. Hay que acercarse a los cuadros desarmados, sin ningún prejuicio, conscientes de que no es nuestra mirada la que va a darles realidad, sino ellos los que van a darle realidad a nuestra mirada al hacer posible la contem-

Nota bibliográfica



Los textos se tomaron de las siguientes fuentes:

“De la pintura”, de *Las huellas de la voz*.

“El arte y lo sagrado”, “El arte y el público” y “¿Punto muerto en las artes plásticas?”, de *La aparición de lo invisible*.

“Arte y psicoanálisis”, de *Cruce de caminos*.

“Nueve pintores mexicanos”, de *Nueve pintores mexicanos*.

“Varia”, de *Las huellas de la voz* y *Trazos*.

Los aforismos intercalados pertenecen a la carpeta “Diferencia y Continuidad” serigrafías y textos en colaboración de Manuel Felguérez y Juan García Ponce.

DE LA PINTURA
ANTOLOGÍA DE ENSAYOS SOBRE ARTE Y PINTURA

D.R. © Herederos de Juan García Ponce
D.R. © Francisco Castro Leñero por el prólogo
D.R. © Ficticia, S. de R.L. de C.V.

Primera edición: diciembre 2013

En portada: Bisonte y caballo, cueva de Lascaux

POR FICTICIA EDITORIAL

Editor: Marcial Fernández
Director de la colección: Javier García-Galiano
Diseño de la colección: Armando Hatzacorsian
Cuidado de la edición: Mónica Villa
Consejero editorial: Raúl José Santos Bernard

Sierra Fría 220, col. Lomas de Chapultepec,
C.P. 11000, México DF
www.ficticia.com libreria@ficticia.com

Ficticia Editorial es miembro fundador de la AEMI
(Alianza de Editoriales Mexicanas Independientes)

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la previa autorización por escrito de los titulares de los derechos de autor.

ISBN: 978-607-521-037-7

Impreso y hecho en México



«DE LA PINTURA.

ANTOLOGÍA DE ENSAYOS SOBRE ARTE Y PINTURA»

DE JUAN GARCÍA PONCE

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 27 DE DICIEMBRE DE 2013
(A 10 AÑOS DEL FALLECIMIENTO DEL AUTOR) EN LOS TALLERES
DE EL ERRANTE EDITOR S.A. DE C.V., PRIVADA EMILIANO ZAPATA
5947, SAN BALTASAR CAMPECHE, C.P. 72550, PUEBLA, PUEBLA.

EL TIRAJE FUE DE 1000 EJEMPLARES.